

Julia Uceda

Poesía completa

Prólogo de Jacobo Cortines

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 111

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: octubre, 2023

© Julia Uceda, 2023

© del prólogo: Jacobo Cortines, 2023

© Fundación José Manuel Lara, 2023

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Fotografía de la autora: Xurxo Lobato

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1694-2023

ISBN: 978-84-19132-27-7

Printed in Spain-Impreso en España

LA MIRADA INTERIOR

JACOBO CORTINES

Siempre que me aproximo a la poesía de Julia Uceda en su conjunto, tengo la sensación de penetrar en un territorio nuevo y misterioso, con sus nieblas y tinieblas, pero también con sus destellos y deslumbramientos. Porque frente a las falsas respuestas que tantas veces se oyen, es preferible escuchar una interrogación continua, aunque esta nos lleve por caminos poco transitados, por ásperas regiones, por fronteras inquietantes entre límites indecisos. Pero si existen respuestas, es allí en lo desconocido donde pueden encontrarse las pequeñas o grandes verdades que hacen habitable el mundo. Preguntar es vivir, y en este sentido la poesía de Julia Uceda es una explosión de vida, de indagación en aquello que parece ser lo más natural y, sin embargo, es lo más misterioso. Esta cualidad interrogativa, escudriñadora, es inherente a su creación poética desde los comienzos. La imagen de la primera mariposa en cenizas nos pone en el camino de humo que hemos de recorrer hasta llegar a una zona desconocida, oír los monólogos con un haya y leer lo que haya escrito en la corteza de los árboles, para, en último término, toparnos con lo inefable.

Al enfrentarme una vez más con los primeros libros de Julia Uceda, el tiempo sumido en el olvido parece regresar en las nieblas de la memoria. Y me lleva a aquellos primeros años de los sesenta, una década que en España no fue especialmente prodigiosa, cuando la conocí en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Desde 1956 Julia había sido alumna del profesor Francisco López Estrada, primero de Lengua y después de Literatura, y desde un principio su maestro reconoció en su alumna una madurez insólita, pues entendía «desde dentro». Se doctoró con él con una tesis sobre *La vida y la obra de José Luis Hidalgo*, poeta existencialista, autor de *Los muertos* (1944), y fallecido prematuramente a los veintitantos años; una personalidad literaria muy en consonancia con la condición introspectiva de la nueva doctora.

Julia, que en 1963 había recibido el Premio Extraordinario de la Facultad, era por entonces profesora de clases prácticas de Literatura Española, algo absolutamente indefinido y que ella convirtió en un magisterio muy concreto. Éramos muy pocos –recuerdo algunos nombres: Alberto Fernández Bañuls, José María Pérez Orozco, Quisco de la Peña, Enrique Vázquez Labourdette, Pepe Martín Campuzano...– los alumnos que asistíamos a aquellos comentarios, a aquellas conversaciones que podían girar la hora entera sobre un verso de Góngora, tal vez aquel de las *Soledades*: «mariposa en cenizas desatada», una frase del *Buscón* de Quevedo, o la afición al vino del niño Lázaro de Tormes. En sus clases, de libre asistencia, no había exámenes ni otro tipo de torturas. Sólo se sometía a examen, por parte de todos, de ella y de nosotros, la palabra del texto, desde sus múltiples significaciones o lecturas hasta su materia física: sus vocales, sus acentos, sus consonantes; esa música que

ella especialmente diseccionaba como una experta cirujana en una lección de anatomía literaria. Por estos años Julia tenía ya publicados dos libros de poesía: *Mariposa en cenizas*, aparecido en una meritoria colección de escasa difusión, Alcaraván, en 1959, un poemario lleno de vivencias existenciales, con mucha fuerza y desgarro, y un gran dominio del ritmo, marcado especialmente por los endecasílabos y alejandrinos; libro arraigado en el legado de grandes maestros: de Bécquer a Blas de Otero, pasando por Antonio Machado, Juan Ramón, Lorca o Miguel Hernández, además de sus compañeros del grupo sevillano en torno a la revista *Aljibe*; y un segundo, *Extraña juventud*, publicado en 1962, que se difundió algo más que el anterior por haber obtenido el accésit al entonces prestigioso premio Adonáis; una nueva entrega en la que profundizaba en sus temas más personales, en ese heideggeriano «vivir para la muerte», siempre tan interrogativo. Sabíamos también que era asidua colaboradora de revistas como *Ínsula*, *Ágora*, o de los *Anales* de la propia Universidad Hispalense.

Para nosotros, aquel pequeño grupo en la inquieta y confusa juventud que saltaba de la literatura a la filosofía, a la música, al arte y a la pérdida del tiempo en las alocadas ansias de vivir, Julia era una llamada a la reflexión, al compromiso, a la seriedad, a la renuncia de los paraísos más o menos artificiales. Introspectiva, callada, extraña ante lo ajeno –la hostilidad de lo vulgar o de la vanagloria–, extraña incluso ante sí misma, pero nunca extraña para la sinceridad que sólo se da en el ámbito de lo íntimo, Julia fue una especie de guía en la selva oscura de nosotros mismos. Su visión del mundo estaba ya esculpida en sus versos. Era una mirada que enseñaba a mirar, a ver las cosas cercanas más allá de su proximidad y de su apariencia. No había la

menor sombra de cansancio en esa mirada interior que siempre intentaba avanzar más, llegar al fondo, superar los límites, mostrarse insatisfecha ante el conformismo generalizado. Y fue ese inconformismo suyo, tan característico de su personalidad, el que le llevó a dar el salto a la otra orilla, a dejar atrás una ciudad estrecha, monótona y amordazada, la cerrada Sevilla de entonces, en la que seguía sintiéndose una extraña, para optar por irse lejos, lejos de los muros de la Universidad donde enseñaba, lejos de su «generación poética del cincuenta y tantos», lejos de la ciudad dormida en sus cielos azules, lejos de cuanto para ella era superficialidad y vacío.

Cruzó el Atlántico en 1965 y encontró en el Departamento de Español de la Universidad de Michigan nuevos aires, nuevos maestros como Ramón J. Sender, Antonio Sánchez Barbudo, disidentes del franquismo como Rodríguez-Moñino, Aranguren o Ridruejo; encontró nuevas aulas donde relacionarse con una juventud abierta, nuevos libros, muchos textos que aún hoy siguen abriéndole horizontes. Allí permaneció varios años, entre la docencia y una autoformación que sólo en la soledad del rompimiento podría conseguir. Allí siguió escribiendo, incorporando a su universo poético nuevas experiencias, todas ellas interiorizadas, como no podía ser de otra manera. Algún lector se encontraría con un nuevo libro: *Sin mucha esperanza*, publicado en Madrid en 1966, con un título tomado de Pedro Salinas, muy significativo de la denuncia del dolor del mundo; un libro que expresaba su rebeldía interior y que insistía en el inexorable paso del tiempo. Poco después, en 1968, aparecieron los *Poemas de Cherry Lane*, sobre la identidad del desterrado. Y luego, tras casarse con el psiquiatra Rafael González Palacios, antiguo compañero de la Uni-

versidad de Sevilla, la aventura de Irlanda (1974-1976). Los verdes e íntimos paisajes. El misterio de Dublín, con tantas resonancias literarias, donde las fronteras entre la realidad y el misterio tendían a desaparecer; un vivir en y desde los sueños, pero no de los sueños inventados, sino de los reales, más allá de toda vigilia restrictiva. El lector podría preguntarse quién era la autora. Un ser lejano con un mundo muy propio, apenas conocido en su tierra. ¿Su tierra, cuál de ellas? ¿Sevilla, Michigan, Dublín? Porque la voz de Julia Uceda seguía siendo la de una gran desconocida, como lo eran por distintas razones las de otros poetas andaluces: Atencia, Duque, Mariscal, Canales o Rafael Guillén, frente a las de las plataformas de Madrid o Barcelona, que dominaban la actualidad literaria.

Cuando pasados unos años, compré un ejemplar de *Campanas en Sansueña*, publicado en 1977, supe que Julia había regresado a España y que había escogido Galicia para vivir y seguir escribiendo. Este nuevo libro fue, para mí, como una sacudida de conciencia, como si de pronto la tuviera otra vez delante en clase, o hablase con ella por los corredores o algún patio de la Facultad. Es cierto que habían cambiado muchas cosas: que yo ya no era ese adolescente recién salido de la rigidez jesuítica; que tal vez siguiendo su ejemplo había roto con los lazos de una ciudad aparentemente amable y terminé la especialidad de Filología como lector de español en Londres; que después estuve de profesor primero en la Universidad de Nueva York y luego en la de Córdoba; que ahora enseñaba en las mismas aulas en las que ella enseñó; y que ni España ni Sevilla eran las mismas tras la muerte de Franco. Los gustos literarios habían cambiado, como muchos otros acontecimientos que aquí no puedo enumerar y que llevaban a un cierto vértigo o embriaguez de acción.

Y por eso, justamente, la lectura de este nuevo libro de Julia supuso en mi interior una sacudida en la que cayeron muchos idolillos que me había fabricado, el derrumbe de mucha mampostería esteticista, de muchos obstáculos que impedían contemplar a unos locos sobre la yerba, a un guerrero vencido, a un rostro vuelto hacia la pared, al largo invierno de España. Ese libro me hizo ver que a pesar de tantos cambios como había presenciado, estos no habían hecho desaparecer del mundo ni el dolor, ni la soledad, ni la injusticia, ni la hipocresía, ni muchos otros horrores de los que hablábamos tiempo atrás. No supe que algunos años después, en 1981, Julia publicaría otro libro, *Viejas voces secretas de la noche*, en la colección Esquíu que ella codirigía desde El Ferrol. Su voz poética se había hecho aún más misteriosa, como surgida de la gran noche oscura que es nuestra existencia, tan cantada por los místicos, pero surgida en ella con un lirismo estremecedor desde el silencio del alma.

Mi nuevo encuentro con Julia tardaría aún algún tiempo en llegar, y no fue a través de sus libros, sino de ella en persona. Por una de esas casualidades de la vida, algo tan natural como un cambio de domicilio, me vine a vivir a una casa de la calle Armenta, en la antigua Judería de San Bartolomé, una casa amplia con un jardín de altos muros por donde trepaban esas extrañas y olorosas enredaderas, las míticas caracolas lorquianas, y de donde sobresalía la palmera tal vez más alta de Sevilla; la casa precisamente donde Julia vivió hasta que tuvo cinco años y a la que nunca había vuelto, aunque guardaba una enternecedora foto de cuando era muy niña, sentada en el suelo del balcón desde el que se divisaba el tronco de la palmera.

No la había vuelto a ver desde hacía treinta años y temía que ella casi ni me recordase, pero ahora aquí, en mi

casa, que era la suya antes de haber yo nacido, la volvía a encontrar para evocar cada uno sus fantasmagorías. Ese reencuentro se produjo a comienzos de un otoño anunciado por las caracolas en su floración. Fue con motivo de la presentación que hice en La Carbonería de *Del camino de humo*, el primer libro suyo que se publicaba en una editorial de su ciudad, Renacimiento, en 1994. Previamente había aparecido su *Antología* de 1991, en Esquíu, con esclarecedor prólogo de J. Peñas-Bermejo. Recogía allí el estudioso algunas de las opiniones vertidas sobre su obra hasta el momento. De *Mariposa en cenizas* había señalado Manuel Mantero «la espontaneidad natural de sus versos, la hondura de su expresión y la preocupación existencial sobre el significado de la muerte». El mismo poeta reseñó su segundo poemario, *Extraña juventud*, como «libro evangélico por su inspiración amorosa, fraternal»; y José Luis Cano lo veía como «un libro testimonial, muy representativo de nuestra poesía de los años cincuenta y primeros sesenta [...] y una defensa del hombre al que amenaza, con sus métodos de represión, la sociedad». El crítico y académico sevillano Juan de Dios Ruiz-Copete consideraba *Extraña juventud* como «el paso inicial hacia la afirmación de una trascendencia, y *Sin mucha esperanza*, como el definitivo». José Luis Cano se ocupó también de este nuevo libro en el que indicaba que Julia Uceda «se dirigía a la búsqueda de la propia identidad a través de la infancia y de sus sueños». Emilio Miró elogió la producción americana de Julia, con su libro *Poemas de Cherry Lane*, como «poseedora de un rico lenguaje, de una *visión* profundamente intelectual en la que coexistían lo existencial y lo social, lo racional y lo sensorial»; y años más tarde, en 1979, desde las páginas de la revista *Jugar con fuego*, José Luis García Martín decía que

«este libro, en su conjunto, es una de las obras capitales de nuestra poesía de posguerra. Y, paradójicamente, es una de las obras menos leídas y estudiadas». Rolando Camozzi, por su parte, señaló que *Campanas en Sansueña* «conjuga el rescate ineludible del tiempo a modo de inevitable y persistente recuerdo, con la persistencia de una aspiración a la vastedad, al espacio inmensurable, la luz sin limitaciones, pese a las operaciones, a las sombras siempre prontas». Enrique Molina Campos comentaba que *Viejas voces secretas de la noche* era «la culminación del proceso de concentración en torno a la experiencia del conocimiento en el entresueño. La nocturnidad es su ámbito natural; el misterio (del ser, del tiempo y de la muerte), su atmósfera». Finalmente Miguel García-Posada, que también tuvo la suerte de asistir a sus clases en la Facultad de Letras, antes que yo, reconocía la importancia de su obra en estos términos: «A mi juicio, no hay duda: Julia Uceda es una de las voces mayores de nuestra lírica de hoy, una voz indispensable, cuya ausencia en algunas nóminas *oficiales* sólo califica –y mal– a sus confeccionadores. Pero, ya lo sabemos, las nóminas desaparecen y los poetas –los poemas– quedan». Estoy muy de acuerdo con este categórico juicio. Pocos son los que hoy se acuerdan de aquellas antologías oficiales del momento, y ahí siguen los poemas de Julia Uceda palpitantes de vida, con sus interrogaciones, su rebeldía, sus denuncias, sus indagaciones, sus sueños, su ironía, y su perfección formal.

En la *Antología* de Peñas-Bermejo se adelantaban tres poemas del nuevo libro *Del camino de humo*. En este poemario Julia Uceda extrema muchos de sus procedimientos expresivos. Es una incursión a paisajes de ciudades de nieblas, de piedras que rezuman agua, de huertos podridos, lugares de tránsito donde se buscan señas; incursión a interiores

llenos de preguntas y recuerdos, a silenciosos espacios de la intimidad para escuchar la voz de la memoria, a ámbitos del sueño porque sólo él puede otorgar la unidad, a sueños que son eco de otros sueños, a vacíos donde se esfuma el cuerpo, a territorios de zafiros en los que dialogan las sombras de quienes no fuimos, a escenarios que son patíbulo y cuna, pradera y desenlace, a almarios que no dan razón de los pasos, o al hueco mismo de la mano, donde todo está cerca y todo no está. Un viaje por el insomnio y el vacío, por el camino de humo, sin más alforjas que la sinceridad y el dominio del verso, que no es poco.

Cuando a comienzos de este siglo tuve la oportunidad de fundar y dirigir la colección de poesía Vandalia en la Fundación José Manuel Lara, no dudé en escoger a Julia Uceda para que inaugurase la serie Maior. Estaba seguro de que su poesía reunida significaría una grata sorpresa para muchos amantes de la poesía por la coherencia de una trayectoria singularísima. Ella se sintió sorprendida, a la vez que complacida, por el ofrecimiento. Le resultaba extraño que al cabo de tantos años alguien se acordase de ella desde Sevilla. Yo tenía muchos motivos para ello. Pero no era una simple cuestión sentimental. La poesía de Julia merecía ser conocida por un amplio sector de lectores. Ahora teníamos la ocasión de que así fuese. Ella propuso a Sara Pujol Russell para que se encargara de la recopilación y del estudio introductorio, y la estudiosa cumplió su cometido aunando ejemplarmente el rigor científico con la manifiesta admiración.

Publicado en Sevilla, a finales de 2002, *En el viento, hacia el mar (1959-2002)* recogía los siete libros publicados hasta la fecha, desde *Mariposa en cenizas* a *Del camino de humo*, más un apartado de «Poemas no editados en libro», muchos de los

cuales incorporaría en libros posteriores. Y a los pocos meses de salir la poesía reunida aparecieron numerosas reseñas elogiosas en revistas y suplementos culturales. Muy poco después estaba seleccionada para el Premio Nacional de Poesía. Finalmente se lo otorgó un jurado, presidido por Fernando de Lanzas e integrado, entre otros, por Claudio Guillén, Juana Castro y Julia Barella, que destacó que era la primera mujer en recibirlo en democracia. Fue una satisfacción compartida y sigue siéndolo. *En el viento, hacia el mar* supuso el reconocimiento de una voz que había dicho mucho; y prueba de ello fue la publicación del volumen colectivo *Julia Uceda, conversación entre la memoria y el sueño*, coordinado por la misma Sara Pujol Russell, aparecido en la colección La barca de loto, El Ferrol, en 2004. Pero lo más interesante era que aún le quedaban muchas cosas por decir. Desde Galicia, en estos años, ha seguido fiel a la indagación de lo verdadero y a la denuncia de la hipocresía e injusticia.

En un lúcido y valiente artículo, «Fingiendo no ver nada», publicado en *Revista de Occidente*, julio-agosto de 2006, Julia Uceda denunciaba la corrupción de las palabras, la destrucción del lenguaje por los intereses económicos e ideológicos en un mundo amenazado y desorientado al mismo tiempo. Coherente con esa línea de pensamiento y esa postura moral, ofreció su nueva entrega poética, *Zona desconocida*, de nuevo publicada en Vandalia, ese mismo año, que recibiría el Premio de la Crítica. Una incursión en otros territorios de la existencia, más allá de la realidad visible; un adentrarse, con todos los riesgos que conlleva, en lo que Juan Ramón Jiménez llamaba la «realidad invisible», aquella que aún no ha sido nombrada, pero que necesita que se la dote de la palabra para hacernos sentir su presencia. No es una tarea fácil, y de ahí que el nuevo libro no formara parte,

por fortuna, de las lamentablemente elogiadas «lecturas fáciles», muestras flagrantes de la debilidad de un pensamiento que no quiere ver lo que pasa a su alrededor. Muy al contrario de esos laureles de plástico, de superventas y supercherías, la *Zona* de Julia Uceda es la de lo ignoto, la de lo no transitado, la del misterio en definitiva, pero que no está en las antípodas de lo cotidiano, sino en lo cotidiano mismo. Hay unos versos en una de las composiciones de mayor hermetismo del libro, de atmósfera más fantasmagórica –no en vano el poema se titula «*The Ghost and Mrs. Muir*»–, que expresan muy certeramente esta fusión de lo fantasmal con lo diario. La misteriosa sensación de percibir una presencia que no tiene nombre se produce «en un supermercado, / entre peces y panes». La ubicación no puede ser más realista y precisa: un lugar de asistencia diaria, entre elementales alimentos, peces y panes, que evocan aquella milagrosa multiplicación evangélica.

La palabra de Julia Uceda puede resultar difícil por su hermetismo y su irracionalidad, porque el mundo que representa es con voluntaria insistencia el de lo inefable, como muy bien ha indagado Ignacio F. Garmendia en el excelente prólogo a *Viejas voces secretas. Antología (1959-2013)*, aparecida en Sevilla con motivo de su nombramiento como Autora del año 2017. Lo inefable es lo que no se puede explicar con palabras, y las suyas nunca son mentirosas, vacías, contrarias a lo que quieren y deben decir, sino muy verdaderas, muy personales, nacidas desde dentro, descubiertas con la mirada interior que aprehende y penetra en lo que se fija. La dificultad en la comprensión de su discurso poético, no de todo él sino de buena parte de este, para ser más exactos, puede provenir también no ya de lo inexplorado, sino de las limitaciones

del receptor, habituado a comprender el mundo y a leerlo desde una determinada óptica: la de la mentalidad y el lenguaje occidentales, y Julia desde los inicios de su larga carrera poética se ha ido colocando más allá de esos límites para incorporar más y más cada vez los horizontes de Oriente. Así, para nada resulta gratuito que la cita que abre *Zona desconocida* sea de Daito Kanushi, un budista del siglo XIV, con todo un programa, como bien apuntó Miguel García-Posada, de «comunicación sensorial con el mundo», basada en que el ojo pudiera oír y la oreja ver: la maravilla de lo mínimo percibida a través de una sinestesia ideal; como coherente es con lo anterior la otra cita que figura al frente de la primera de las tres secciones, «De las preguntas», tomada de la epopeya india del *Mahabharata*: «Hay infinidad de criaturas. A unas las vemos, a otras no». De esas criaturas que no vemos y también de las que vemos es de lo que trata Julia en estos veintiocho poemas, escritos entre 1995 y 2006. Nos habla de todas ellas, pero también se pregunta muchas cosas en relación con unas y otras. Porque si nosotros los lectores no entendemos a veces lo que quiere decir, tampoco ella entiende siempre el lenguaje de las criaturas, sean o no visibles. De ahí esa abundancia de interrogaciones: «La página inundada de silencio. ¿La entiende alguien?», se pregunta en el poema inicial, «La carta». En el segundo, «¿Dónde la casa?», las preguntas se multiplican ya desde el título mismo:

¿Dónde la casa?

¿Qué número, qué calle?

.....

...¿por qué no tengo miedo si es de noche

o noche me parece?

¿Por qué abro puertas a otras puertas?

¿Por qué no hay luz?...

Y muchas otras interrogaciones a todo lo largo de sus páginas: sobre el ser, lo que es, ha sido o pudo haber sido, o puede ser; sobre los sueños, los propios o los de los otros; sobre los recuerdos; los olvidos; la huida del caos; el dolor de las víctimas; el silencio de los dioses; la desmemoria para con los muertos. Preguntas y preguntas que nos revelan por una parte la decidida voluntad de la poeta de llegar hasta las últimas consecuencias, de alcanzar el alma de las criaturas, en un continuo afán de busca, de culminar su «aventura del conocimiento»; y por otra, la gran preocupación social, de hondas raíces existenciales, que le lleva a enfrentarse con las cuestiones más candentes de su momento histórico: los muertos de Normandía y del bombardeo atómico de Hiroshima, el horror de la guerra de Irak, la profanación de Casas Viejas, al convertir ese lugar «sagrado» en un hotel y campo de golf para diversión de «fugaces viajeros». Qué constancia en sus denuncias desde aquella lejana *Extraña juventud*, pues su rebelión contra la injusticia de los poderosos se ha mantenido firme, pese a los laureles o los abrojos de los años.

La mirada de Julia percibe muchas más criaturas de las que se suelen ver. Sus ojos, que semejan físicamente más los de una japonesa que los de una sevillana, tienen una luz especial, capaz de iluminar zonas de nieblas e incluso de tinieblas donde habitan esas criaturas, invisibles para la mayoría de los occidentales. Esa capacidad iluminadora la ha adquirido en buena medida a través de sus múltiples lecturas de poetas y escritores de otras tradiciones: budistas, taoístas, hindúes, japoneses, chinos, árabes, judíos; culturas y pueblos

que han prestado más atención a ciertos aspectos de la realidad (el cuerpo, los sentidos y la relación entre estos, la percepción del tiempo más allá del tiempo mismo, los sueños, la muerte, sus posibles reencarnaciones...), aspectos en buena parte relegados a segundos o últimos planos en Occidente por el racionalismo dominante, aunque progresivamente incorporados a partir del movimiento simbolista, los estudios psicoanalíticos, los surrealistas y otras tendencias modernas de las que Norteamérica, y Julia vivió allí años decisivos, ha sido pionera. Así, la cita del último poema: «...todos los muertos inquietantes, recordados», debida a Kenneth Rexroth, un poeta nacido en 1905, en Indiana, y muerto en California en 1982, mentor de la generación *Beat* y excelente traductor de poesía china y japonesa. Un poeta muy leído y recomendado por Julia Uceda por representar esa cultura totalizadora que absorbió lo mejor de Oriente y Occidente.

Aunque de extensión reducida, en cuanto al número de páginas, la *Zona desconocida* de Julia Uceda es muy amplia espiritual y culturalmente. Porque esa *Zona* remite y completa las de libros anteriores y sugiere las de los siguientes poemarios: *Hablando con un haya*, publicado por Pre-Textos en 2010, y *Escritos en la corteza de los árboles*, de vuelta a Vandalia, en 2013, libros que indagan en todo lo que le rodea con una conciencia abierta y lúcida que no se deja dominar por la desesperación, por más que haya tantos motivos para ello, ni se deja silenciar por el nihilismo conformista. Para su última entrega, que hizo el número 54 de la colección, le pedí que escribiese un ensayo a modo de balance, «¿Somos quienes quisimos ser?», porque nadie como ella podía dar pistas al lector sobre el significado de su poesía. Y testigo he sido de cómo ha reelaborado esa larga confesión una y otra vez, hasta llegar a lo más hondo de su experiencia vital y poética.

Hace muchos años, cuando la escritora era para algunos sólo la «señorita Julia», dejó escrita esta observación: «El poeta es un ser molesto para el hombre que, simplemente, vive, porque es un ser que se adelanta a su tiempo y, en contraste, forma parte de la activa conciencia de él. Y mientras más honda es esa conciencia, más molesta para los demás». De esta declaración a las del mencionado artículo, «Fingiendo no ver nada», pasó la friolera de medio siglo; y ella, Julia, hoy Premio Nacional de Poesía, Hija Predilecta de Andalucía, Premio Góngora de las Letras Andaluzas, Premio de la Crítica, Académica de Honor de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Medalla de Oro a las Bellas Artes, Autora del año 2017 en Andalucía, Premio Internacional Federico García Lorca, etc., sigue siendo la misma, porque la fidelidad hacia sí misma es su rasgo más definitorio. Y así seguirá, como poeta que lo es, como un ser molesto para los que fingen que no ven nada, para la mayoría, intelectuales o no, que mira para otro lado ante los horrores que nos rodean y los venideros. Pero para otros, sus fieles lectores, Julia sigue siendo esa voz de la conciencia que ilumina las zonas más oscuras de nuestra existencia, esas por las que no nos atrevíamos a adentrarnos y en las que ahora lo hacemos gracias a su esclarecedora palabra. De ahí la necesidad de volver a recoger su *Poesía completa* en Vandalia, después de veintiún años en los que Julia Uceda nos ha ofrecido nuevas y valiosas muestras de su quehacer poético y sus lectores no han dejado de aumentar. Julia, en el filo de su centenario, felizmente activa a sus fecundos 97 años, sigue siendo un referente de la verdad poética. Un faro que alumbra la densa niebla que nos envuelve.



OBRAS DE JULIA UCEDA

Se recogen en este apartado sólo las obras publicadas por Julia Uceda, tanto los libros de poemas como las antologías personales y sus incursiones en la narrativa. Para las antologías colectivas, la prosa crítica o de investigación y la bibliografía secundaria remitimos a la relación que aparece en el catálogo de la exposición *Julia Uceda. La mirada interior*, edición de Jacobo Cortines, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 2017, que actualizaba la realizada por Sara Paco Sánchez en *Julia Uceda, conversación entre la memoria y el sueño*, Sara Pujol Russell, coord., El Ferrol, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, La barca de loto, 2004.

LIBROS DE POEMAS

Mariposa en cenizas, prólogo de Manuel Mantero, Tipografía Arcobricense, colección Alcaraván, Arcos de la Frontera, 1959.

Extraña juventud, Ediciones Rialp, colección Adonais, Madrid, 1962. (Accésit del Premio Adonais).

Sin mucha esperanza, Ediciones Ágora, colección Ágora, Madrid, 1966.

- Poemas de Cherry Lane*, Ediciones Ágora, colección Ágora, Madrid, 1968.
- Campanas en Sansueña*, Gráficas Uguina, colección Dulcinea, Madrid, 1977.
- Viejas voces secretas de la noche*, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, colección Esquíu, Ferrol, 1981.
- Del camino de humo*, Editorial Renacimiento, colección Calle del Aire, Sevilla, 1994.
- En el viento, hacia el mar (1959-2002)*, edición y prólogo de Sara Pujol Russell, Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, Sevilla, 2002. (Premio Nacional de Poesía 2003).
- Zona desconocida*, seguido de un ensayo de Miguel García-Posada, Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, Sevilla, 2006. (Premio Nacional de la Crítica).
- Hablando con un haya*, Pre-Textos, colección La Cruz del Sur, Valencia, 2010.
- Escritos en la corteza de los árboles*, Fundación José Manuel Lara, colección Vandalia, Sevilla, 2013.

PLAQUETTES

- Poetas en Sevilla. Julia Uceda*, Ayuntamiento de Sevilla, 2001.
- Poesía en la Residencia. Lectura de poemas de Julia Uceda*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2004.
- Teclas rotas*, Banda Legendaria, Valencia, 2021.

ANTOLOGÍAS

- Poesía*, edición e introducción de Francisco J. Peñas-Bermejo, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, col. Esquíu, Ferrol, 1991.

The poetry of Julia Uceda, translated, with an Introduction by Noël Valis, Peter Lang Publishing Inc, New York, 1995.

«Poética y antología personal», *Salina*, 17, noviembre de 2003.

L'incerta parete della memoria / La incierta pared de la memoria, edición de Emilio Coco, Levante Editori, I Quaderni di Abanico, 41, Bari, 2003.

Viejas voces secretas, edición y prólogo de Ignacio F. Garmendia, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 2017. (Reeditada por el Ayuntamiento de Granada en 2019, con motivo de la concesión del XVI Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada-Federico García Lorca. La reedición incluye una semblanza de Jacobo Cortines).

Y una mujer andaba, andaba, andaba / And a woman walked and walked and walked. The poetry of Julia Uceda, introduction and selection by Francisco Uceda, bilingual edition translated by Mary Arroyo Oliver, Lola Jourdan, Alexa Mamoulides, Carlos Martínez-Davis, Francisco Uceda and María José Zubieta, Artepoeítica Press, Nueva York, 2021.

De la mirada interior / Vom inwendigen Blick, edición de Javier Gómez-Montero, traducción de Angelica Ammar, Ludwig, Kiel, 2021.

NARRATIVA

«La carretera. Narración», *Ínsula*, 199, junio de 1963.

En elogio de la locura, prólogo de Manuel Mantero, colección Vasija del Grupo Barro, serie Prosa, 8, Sevilla, 1980.

Luz sobre un friso, Menoscuarto, Palencia, 2008.

